

19º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 6,41-52.

En aquel tiempo, criticaban los judíos a Jesús porque había dicho «yo soy el pan bajado del cielo», y decían:

- ¿No es éste, Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre?, ¿cómo dice ahora que ha bajado del cielo?

Jesús tomó la palabra y les dijo:

-No critiquéis: Nadie puede venir a mí, sino lo trae el Padre que me ha enviado.

Y yo lo resucitaré el último día.

Está escrito en los profetas: «Serán todos discípulos de Dios.»

Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí.

No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que viene de Dios: ése ha visto al Padre.

Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo.

VIVIR LA EUCHARISTÍA

El Evangelio de Juan presenta el discurso sobre el «pan de vida», pronunciado por Jesús en la sinagoga de Cafarnaún. En él se dice: **«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo»**

Jesús subraya que no ha venido a este mundo para dar algo, sino **«para darse a sí mismo»**, para dar su vida, **«como alimento»**, **«para quienes tienen fe en Él»**. Y si tenemos fe en Él, no podemos menos que **«imitarlo»**, hacer que nuestra vida, con nuestras actitudes, sea un **«pan partido para los demás»**, como el Maestro partió el pan que es realmente su carne. Para nosotros, en cambio, son **«los comportamientos generosos hacia el prójimo»** los que demostrarán la actitud de **«partir la vida para los demás»**.

«Solemos alimentarnos» de las satisfacciones que encontramos en lo que llamamos éxitos personales, económicos, sociales. Solemos tener hambre de poseer, de gastar, de comprar, de prosperar, de destacar... Pero esa hambre no se sacia nunca. Con la satisfacción del deseo no solo no se sacia el hambre, sino que se despierta un hambre mayor. Los valores de Jesús son otros valores ante los cuales los valores habituales del mundo pierden su encanto. Tanto es así que bien podríamos decir a modo de Bienaventuranza: **«Dichosos los que viven los valores de Jesús, porque ya nunca tendrán hambre y sed de los valores de la tierra»**

La Eucaristía es **«el alimento que necesitamos»** para llegar a ser ese **«pan partido para los demás»**. La Eucaristía no es algo que hacemos nosotros, no es ninguna conmemoración de lo que dijo o hizo Jesús. No. **«¡Es una acción de Cristo!»** Es Cristo quien actúa sobre el altar.

Y Cristo es Dios que se hace presente y nos reúne en torno a sí, para **«nutrirnos de su Palabra y de su vida»**. Esto significa que **«la misión y la identidad»** del creyente surgen de ahí, de la Eucaristía, **«ahí toman siempre forma»**.

Cada vez que participamos en la Santa Misa y «nos alimentamos» con el Cuerpo de Cristo, la presencia de Jesús y del Espíritu Santo «obra en nosotros», configura nuestro corazón, «nos comunica actitudes interiores» que se traducen en «comportamientos según el Evangelio». Estos son algunos de esos comportamientos: la «docilidad a la Palabra de Dios», la «fraternidad» entre nosotros, el «valor del testimonio cristiano», la inspiración para la «caridad», la capacidad de «dar esperanza» a los desalentados y «acoger» a los excluidos.

De esta forma, «la Eucaristía nos hace madurar un estilo de vida cristiano». Podemos decir que la misericordia y la gracia de Dios, acogida con corazón abierto, «nos cambia», nos transforma, «nos hace capaces de amar», no según la medida humana, siempre limitada, sino según la medida de Dios. Y la medida de Dios es «;sin medida!» «;Todo!»

Y así llegamos a ser capaces de «amar a quien no nos ama». Y amar a quien no nos ama... ¡no es fácil! Porque si nosotros sabemos que una persona no nos quiere, también nosotros nos inclinamos a no quererla. Y, sin embargo, no es así. Debemos amar también a quien no nos ama. «Oponernos al mal con el bien, perdonar, compartir, acoger», son actitudes para tener en cuenta.



Gracias a Jesús y a su Espíritu, también nuestra vida puede llegar a ser «pan partido para nuestros hermanos». Y viviendo así «descubriremos la alegría verdadera».

La alegría de convertirnos en don, para corresponder a ese gran don de la vida que hemos recibido antes, sin mérito por nuestra parte. Esto es hermoso, que «nuestra vida se pueda hacer don». Y esto es, simplemente, «imitar a Jesús».

«Vivamos la Eucaristía» con espíritu de fe, de oración, de perdón, de penitencia, de alegría comunitaria, de preocupación por los necesitados y por las necesidades de tantos hermanos y hermanas, en la certeza de que el Señor realizará aquello que nos ha prometido: «la vida eterna». ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
8 de agosto de 2021